

quirir un conocimiento íntimo de las personas divinas y proponerse un proyecto vital: seguir dócilmente al Espíritu Santificador y alimentarse de la voluntad del Padre (cfr. Jn 4, 34).

Juan Ignacio RUIZ ALDAZ y J. José ALVIAR

Francisco VARO, *Rabí Jesús de Nazaret*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 2005, 224 pp., 14 x 21, ISBN 84-7914-786-5.

Los últimos años han sido fecundos en la aparición de Vidas de Jesús, o, mejor, de nuevas Vidas de Jesús. Tras casi cincuenta años en los que apenas tuvieron presencia en el mercado editorial, en la última década son más de una quincena los libros solventes que se han publicado en castellano. En general, estos libros son el corolario del camino que ha seguido la investigación sobre los evangelios en los últimos veinticinco años. Se puede decir que, hasta 1980, a la hora de considerar la historicidad de los evangelios, en la mente de muchos seguía pesando el prejuicio bultmaniano de que los evangelios eran única y exclusivamente un testimonio de fe, de modo que nos presentaban al Cristo de la fe, pero no debíamos esperar que nos dijeran mucho sobre el Jesús de la historia. Sin embargo, en las últimas décadas el horizonte ha cambiado. Los descubrimientos de la arqueología y un mejor conocimiento de la literatura rabínica —y de otros grupos judíos como el de Qumram— ha puesto de manifiesto la coherencia del ambiente de aquel momento histórico con el que se respira en los evangelios. La conclusión es que, también desde el punto de vista histórico, podemos saber mucho de Jesús; es más, los evangelios, si bien están escritos por hombres de fe, son también memoria histórica de hechos y palabras que acontecieron en un momento determinado de la historia.

Con este bagaje algunos autores escriben obras que pueden encuadrarse en lo que se denomina Jesús histórico. Con la ayuda de la arqueología, de los documentos independientes —es decir, los que no provienen del canon de Nuevo Testamento—, y de la aplicación de los criterios de historicidad, escriben una vida de Jesús en la que el historiador, a la vista de su examen, decide qué elementos de los evangelios provienen de Jesús mismo y qué otros elementos no vienen de Jesús sino de la predicación de la Iglesia. Obviamente, estos segundos, tras ser examinados, no entran en la elaboración biográfica. A muchos lectores esta distinción, siendo coherente con el proceder establecido, nos les parece correcta, pues, al fin y al cabo, aquí el investigador se atribuye la decisión de decidir qué es de Jesús y qué proviene de la comunidad. Además, no son pocos los casos en los que los nuevos descubrimientos arqueológicos y tex-

tuales han reafirmado el valor de muchos pasajes que antes habían sido denostados históricamente mediante argumentos literarios. Por eso, otros investigadores eligen un camino distinto en la exposición de la vida de Jesús. Se trata ahora de presentar el contexto del judaísmo del siglo I para ver, a la luz de los evangelios, la significación y la trascendencia que tienen las palabras y los gestos de Jesús narrados en los relatos evangélicos. Éste es el camino que elige F. Varo, profesor de Antiguo Testamento y de Historia del judaísmo que, desde estos conocimientos, se adentra en un tema tan apasionante.

El volumen, escrito en un tono didáctico, consta de quince capítulos. El primero se titula «En busca de Jesús» y en él se traza una breve historia de la investigación crítica sobre los evangelios en los últimos dos siglos, desde los esbozos de la crítica liberal a finales del dieciocho cuando, en nombre de prejuicios racionalistas, se puso en duda la fiabilidad histórica de los evangelios, hasta el momento actual en el que, como se ha apuntado más arriba, las posiciones son mucho más serenas. El capítulo segundo, llamado «La tierra de Israel», es una descripción de geografía social de los tres espacios que cubrieron la vida pública de Jesús: Galilea, Judea, y lo que el autor denomina los caminos hacia Jerusalén. El capítulo cuarto, titulado «Marco histórico», traza una breve historia de Palestina desde la helenización hasta la caída de Jerusalén ante las tropas romanas de Tito el año 70. Lógicamente, se detiene un poco más en la dominación romana. El siguiente capítulo, «La población en la Palestina romana», muestra que la Palestina del siglo I no era tan homogénea, en lo que a instrucción religiosa se refiere, como podría deducirse de los escritos del Nuevo Testamento. Había ciudades y territorios muy helenizados, y la exigencia de las prácticas de pureza ritual no era la misma en Judea que en Galilea (recuérdese que los evangelios eran ya testigos de esta realidad: por ejemplo, cuando San Marcos habla de «escribas venidos de Jerusalén», normalmente se avecina un conflicto con Jesús). El capítulo quinto se dedica a «La vida familiar y social» y describe las clases sociales del momento —los ricos, los artesanos, los jornaleros, el «pueblo de la tierra», etc.— y otros aspectos de la vida diaria, como el ritmo de las horas, y de las oraciones, los vestidos, etc. Siguen a éste, dos capítulos dedicados a las «Creencias y prácticas religiosas» y a la «Diversidad de tendencias en el judaísmo». Se describen en ellos los grupos religiosos más importantes —fariseos, saduceos, esenios, etc.— y lo que era común a todos: las fiestas religiosas que jalonaban el año, el culto en el Templo, la oración en la sinagoga, etc.

Hasta aquí lo que podría incluirse en el capítulo del contexto social y religioso en el que vivió Jesús. Los dos capítulos siguientes se denominan «Jesús en las fuentes helenísticas y romanas» y «Jesús en las fuentes judías». Lo que se

deduce de un estudio crítico de los textos que se examinan —historiadores romanos, y el Talmud— es que el eco que suscitó Jesús, y que se refleja en el Nuevo Testamento, se puede ver también en esos textos; aunque la argumentación tenga que ser, a veces, «a contrario». Por ejemplo, si el Talmud dice que Jesús fue condenado por practicar la magia, eso significa que realizó milagros, curaciones. El redactor del Talmud considera que esos prodigios no vienen de Dios sino del diablo, por eso los denomina magia; pero si se tiene en cuenta todo cuanto de Jesús narra el Nuevo Testamento se pone de manifiesto todo lo contrario, es decir, que Jesús viene de Dios.

La unión de todos los aspectos invocados hasta el momento se realiza en los tres capítulos siguientes, que se titulan «Un rabino autodidacta», «Nadie ha hablado como este hombre» y «¿Hechicero o Dios está con Él?». Como se puede deducir de los títulos, aquí se trata de tres aspectos de las acciones que Jesús realizó en su vida pública, y que manifiestan su personalidad, y que, al final, permiten entrever no sólo su personalidad sino su Persona. Estos aspectos se refieren en primer lugar a su actitud respecto de sí mismo —puede pensarse en el discipulado, en las exigencias del seguimiento, etc.—, de la Ley, del Templo y de las instituciones de Israel. En segundo lugar, se refieren también al modo de enseñar, porque cuando por ejemplo se comparan las parábolas de Jesús con las de los maestros de la época, no sólo se adivina un vigor desconocido hasta el momento, sino que las formas y los contenidos de esa enseñanza apuntan decididamente hacia algo más trascendente que un maestro de gran personalidad. La misma dirección a la que apuntan los milagros de Jesús.

Los tres últimos capítulos del libro se destinan a la pasión, la resurrección y la predicación sobre Jesús. El capítulo decimotercero se titula «La Pascua del año 30» y recoge sustancialmente el contexto de la Última Cena —la Hagadá judía— y lo específico de los castigos a los que se vio sometido Jesús: flagelación y sus clases, crucifixión, etc. El siguiente capítulo se denomina «No están borrachos» y en él se estudian los textos que afirman la resurrección de Jesús. El último capítulo se titula «Jesucristo» y en él se hace un breve recorrido a través de la primera predicación sobre Jesús —con los títulos que se le dan en la predicación apostólica—, de los bulos que se propagaron contra él, o contra los cristianos —algunos de los cuales, otra vez con una argumentación «a contrario», permiten ver la verdad de lo predicado sobre Jesús—, y de los evangelios apócrifos, tan distintos de los canónicos.

De esta descripción se puede deducir que no estamos ante un estudio pormenorizado de todo el evangelio. Una obra de este tipo tendría que tratar todas las enseñanzas de Jesús recogidas en los evangelios, y estudiar con una discusión precisa cada uno de los textos. Este libro, en cambio, pretende que el

lector sea capaz de leer el texto de los evangelios de una manera culta, y también que pueda revivir el ambiente en el que enseñó y actuó Jesucristo.

El volumen se acompaña de una amplia Bibliografía (pp. XV-XXII), dividida en dos capítulos —Fuentes y Estudios—, y las afirmaciones del cuerpo del texto se fundan muchas veces en notas a pie de página —no muchas—, entre dos y seis por página. Sin embargo, el tono del libro es didáctico, y el estilo ágil y vivo. El autor conoce bien el contexto judío y conoce también la investigación moderna sobre los evangelios. Sobre este fondo compone una exposición bien trabada, evitando el embrollo y la discusión, en la que, si algo hay que destacar, es la amenidad.

Ciertamente, como lo prueban la cantidad de libros que aparecen en el mercado editorial y que abordan a Jesús en su tiempo, se podrían haber escogido otros muchos caminos: la biografía, el estudio crítico de cada pasaje, etc. El autor ha elegido uno que muchos lectores le agradecerán: la exposición divulgativa, pero rigurosa.

Vicente BALAGUER